



Domingo II del tiempo de Pascua – Dichosos

El Evangelio de este 2do Domingo de Pascua me deja resonando 3 palabras y una pregunta.

Miedo

El miedo es de las emociones más fuertes que podemos sentir los seres humanos. Es una emoción que surge y se nota en lo más profundo de nuestro ser. Ante el miedo suelen darse dos actitudes bien contrapuestas, la parálisis o el arrojito.

Miedo es lo que tenían los seguidores de Jesús luego de su muerte. Miedo que los dejó paralizados. Por eso estaban encerrados. Encerrados desde lo material, “con las puertas cerradas”. Encerrados como comunidad. Encerrados desde lo personal, sin creer en nada que viniese de fuera, sin dar lugar a nuevas posibilidades.

Paz

Es lo primero que da Jesús resucitado a sus seguidores. Paz es lo que sentimos cuando nos hacemos conscientes de la presencia de Dios en nosotros.

Pero esta **paz**, no es una paz sin conflictos; no es una paz calmada; no es una paz sin lucha. Es justamente lo contrario, es una paz que nos llama a la lucha contra nuestros desórdenes; es una paz que nos invita a salir de nuestras seguridades para construir el Reino de los Cielos en la Tierra.

La **paz** que nos trae el Resucitado viene a remover el miedo profundo de nuestro ser, que tantas veces nos deja paralizados ante los vaivenes de nuestra vida. Es una **paz** que se siente en el corazón y que es independiente de lo que estemos viviendo, porque como es de Dios, nos llena por completo y nos rebasa.

Envío

Todos los encuentros con Jesús Resucitado significaron para quienes lo vieron, un envío, una encomienda que Él les hace. Fue así con las mujeres, con Magdalena, con los peregrinos de Emaús y con los discípulos todos.

Así será con nosotros también, si nos atrevemos a tener un encuentro con Jesús.

Los discípulos pudieron cumplir con el envío que les encomendó Jesús porque recibieron su paz y eso alejó el miedo que los mantenía encerrados. Ahora bien, lo que ellos hicieron para que todo eso sucediera, fue **creer**, tener **fe**.

El creer en que Jesús Resucitó y vive, es lo único que nos permitirá alejar los miedos, sentir la paz de su presencia y movilizarnos a vivir como Él lo hizo, tratando a todos como hermanos, mirando con misericordia a los demás, recibiendo con confianza las dificultades que se nos presenten, ayudando a quienes necesitan..., en fin, a construir su reino entre nosotros.

Con mi vida, ¿transmito la dicha de los que creen sin haber visto?

Fernando Ianchina
Equipo nacional Red Mundial de Oración del Papa
Argentina - Uruguay